

KRYPTONITA (FRAGMENTOS)

Leonardo Oyola*

NOTA DEL AUTOR

La obra de mi maestro, Alberto Laiseca, está plagada de monstruos. De hecho, él defiende, de forma acérrima, dos postulados sobre este tema: la humanización del monstruo como redención y el concepto de monstruo como único en su especie, antes que el de engendro contra el orden normal de la naturaleza. Será porque, como él mismo dice, el concepto de monstruo como único en su especie está relacionado con el concepto de lo que es una obra. Lo distinto. El maestro nos enseñó que, cada vez que alguien hace algo nuevo, original, de bordes nítidos, ha creado algo único en su especie.

Un monstruo.

Y el maestro Laiseca, como sus criaturas, también lo es.

Lai es un pato mandarín. Igual que su Meng Chiang Nü de *La mujer en la muralla*, porque sostiene su oficio con la fuerza militar de lo que es: una fuerza insobornable. Yo me tatué en mi tobillo izquierdo los ideogramas chinos de la edición de bolsillo de Tusquets que el mismo Laiseca escribió de puño y letra. Me los tatué cuando me dije: «yo voy a morir en ésta. Yo soy un escritor». El día que Lai los vio de casualidad —yo andaba de *shorts* por su casa— se emocionó. Le dije que lo quería mucho. Él me respondió que, de verdad, no sabía si en chino eso decía «La mujer en la muralla». Que por ahí lo había sacado de un panfleto de un *delivery*. Y largó la carcajada.

Yo sé que me estaba chamullando.

Más bien: quiero creerlo.

Que me hizo uno de sus celebrados chistes esquizofrénicos.

Pero más allá de si tengo en mi tobillo izquierdo en ideograma chino «La mujer en la muralla» o «chop suey mixto», lo que mi maestro me regaló es una nueva historia, una nueva anécdota, eso que nosotros hacemos: a la ficción acercarla todo lo que podamos a la realidad.

Me han dado cuatro verbos principales en esta vida.

Crear.

Querer.

Crear.

Bailar.

Sin ellos, sin mis lecturas y sin mis días en lo de Laiseca, yo no podría haber escrito ni una oración. Mi maestro no fabrica clones. Caza tormentas, las que se desatan en nuestras cabezas, las que llueven en nuestro interior, para dar vida a lo que imaginamos. Y entonces sale: algo nuevo, original, de bordes nítidos, único en su especie.

* Escritor argentino. Licenciado en Ciencias de la Comunicación. Correo electrónico: leoyola@yahoo.com
Gramma, XXIII, 49 (2012), pp. 285-289.

© Universidad del Salvador. Facultad de Filosofía y Letras. Área de Letras del Instituto de Investigaciones de Filosofía y Letras. ISSN 1850-0161.

Escribir.

Ser escritor.

Tiene una carga simbólica importante.

Respeto mucho el tiempo que se dedica a escribir.

Y a leer.

Pero el tema es cómo lo ven los demás.

Obviamente, una cosa es un auditorio como el que dimos la charla en la facultad y otra, los vecinos. Pero sea quien fuere que agarre un libro es un lector y punto. Y también merece sus laureles. Yo puedo ser el autor de la historia que están leyendo. Pero cada uno de los respectivos lectores que tenga esa novela o relato lo va a terminar de completar con sus vivencias personales. Y sí, yo puedo firmar esa historia. Pero tengo que respetar lo que genere en cada uno de los que la haya escogido para leer. Más, habiendo tantos títulos para elegir.

El tema pasa por los que no leen. Y desde el prejuicio hablan de lo que uno hace. Y de los que no leen y tienen una imagen muy equivocada de lo que es ser escritor. Y sobre todo: vivir de la escritura. Porque, insisto, esto de ser escritor, esto de escribir: es muy simbólico.

Gané dos premios honorarios hasta ahora con mis novelas. A libro publicado. El reconocimiento de mis pares, una alegría inmensa... Se me acercó gente a pedirme plata prestada cuando se enteraron. Les dije que me disculparan. Que el premio no era de dinero en efectivo. No me creyeron y se enojaron conmigo. Incluso antes de que publicara mi primera novela, cuando obtuve la mención en el Premio Clarín/Alfaguara y me sacaron una nota en el suplemento zonal del diario como un vecino destacado del Oeste, el dueño del departamento en el que vivía me aumentó el alquiler después de decirme que me había visto en el diario. Le puse su nombre y apellido a un personaje secundario al que lo hago sufrir físicamente mucho hasta que, finalmente, fallece. ¿Qué más iba a poder hacer?

La salida de un libro nuevo escrito por uno es muy similar al nacimiento de un hijo. Evidentemente son cosas que no deberían de compararse. Pero como papá de Ramón y papá de mis —hasta ahora— nueve novelas publicadas espero no ofender a nadie con esta afirmación. Será por eso que a uno le duele —y mucho—, una crítica negativa. Pero hay que saber aguantarla. Tratar de ver el oficio de quien la realizó. Y cuando lamentablemente uno detecta que no hay objetividad, que —hablando coloquialmente— hay una mala leche importante: tratar de no darle relevancia. Uno cuando comparte sus historias se expone. La polarización extrema es: me gustó/no me gustó. Y en el medio todas las sensaciones que generó el libro. Y a las que, para bien o para mal, les estamos debiendo.

Se me hace muy difícil recordar todo lo que dijimos ese lunes de septiembre con las amigas Gaby y Sonia. Con Gabriela sólo sé que cuando salimos, en la oscuridad de la calle, nos permitimos darnos un abrazo hermoso. Estábamos muy felices de haber compartido esa tarde con ustedes. Uno aprende que es lo que es y —como dicen los pibes allá— no da hacerse el otro. Pero para que nos mostremos tal como somos tiene que haber confianza y cariño ganado. Y eso no se da sólo en una charla bien coordinada. Si ese día nos quedó a todos tatuado, es porque antes la amiga Sonia hizo un gran laburo de acercarse a nosotros. Nos brindó seguridad para que ese día nosotros pudiéramos ser genuinos. Y después de lo compartido no dejó de acompañarnos y de agradecernos por nuestro desempeño.

Un gran gesto.

Puede parecer un detalle.

Pero no lo es.

Es algo enorme.

Yo no sé si escribo bien o mal. Sólo sé que hago lo mismo que cuando voy a bailar: le pongo ganas. Muchas. Todas. Quiero que la pasen tan bien como yo mientras escribo. Laburo mucho. Quiero a mis personajes. A veces hasta me enamoro. Pero sobre todo creo en ellos. Les y me tengo Fe.

DATOS DE LA OBRA

Oyola, L. (2011). *Kryptonita*. Buenos Aires: Mondadori. ISBN: 978-987-658-089-2, pp. 12-41.

[...] Está muerta.

Obitó.

Obitó es una palabra, un verbo, que jamás se pronuncia en una clínica privada. Porque donde hay dinero de por medio es otro el procedimiento. Porque si se paga es para recibir algo diferente. Algo mejor. En teoría. La práctica igual avala. Pero podrían recibir algo mejor. El consuelo de tontos es que peor están los que no tienen obra social. Y ésa es una verdad irrefutable.

[...] Miré las estrellas. Miré mi reloj. Cuatro horas más. Sólo cuatro horas. Cuatro horitas. ¿Qué eran cuatro horas más después de haber estado todo el día en el hospital el viernes, el sábado y el domingo? Cuatro horas más y llegaba a las 72 por las que me pagaban los cinco médicos clínicos que tendrían que estar de guardia. En cuatro horas más iban a ser 72 horas seguidas trabajando. Porque ése era MI currito en el Paroissien: ser nochero.

Oficialmente, yo no estuve de guardia ninguna de estas noches. La última vez que fiché mi salida del hospital fue ayer, domingo, a las 20:07 después de haber cumplido mi turno de doce horas. En el Estado es así. Uno trabaja tres por dos. Tres días seguidos de guardia por dos de franco. Y por ley, un hospital público tiene que asegurar la atención de un mínimo de cinco médicos clínicos en la guardia nocturna.

[...] Ser nochero es perjudicial para la salud. Y ejercer este servicio más de dos veces al mes es un suicidio. Matarse de a poco. Seis días de treinta, treinta y uno; seis días sin dormir durante un mes: no parece mucho. Pero, a la larga, lo es. Se paga un precio caro. Pero depende de lo que uno quiera pagar. El Doctor Nazar, por ejemplo, prefirió perder en salud para estar al día con las cuotas de alimentos de sus hijos que les tiene que pasar a sus ex. Prefirió perder la salud y que nunca le falte el licor de café [...].

Y entonces escuché las corridas y los portazos y más puteadas [...]. Los que habían entrado eran también delincuentes. Pero de otro tipo. De los que tienen prontuarios gordos. Tan grandes e impactantes como las armas que venían portando. Criminales tristemente célebres en La Matanza [...].

Como si hubiera entrado manejando un tanque de guerra abrió la puerta de par en par una mujer enorme con el rostro desencajado. Llevaba en brazos a un hombre que necesitaba atención médica. No me pregunten por qué, pero cuando lo vi al herido supe de inmediato que era, ni más ni menos, el jefe de ellos. Lo traía envuelto en una frazada. Inconsciente. La mujer era la desesperación corporizada. Me vio y avanzó rápido hacia mí. Cuando la tuve enfrente me di cuenta de que tenía ojos azules y que era un travesti [...].

Era evidente que el ritmo cardíaco del herido estaba disminuyendo. Su pulso apenas podía captarse. Lo íbamos a perder. No había tiempo para realizarle maniobras de resucitación cardiopulmonar. Nada de media hora de RCP. Nilda se puso en acción y le sacó el cinturón y las cadenas que llevaba tanto en las muñecas como en el cuello. También los dos rosarios. De los bolsillos de pantalón de jean extrajo un celular que colocó sobre una mesita cercana. Con una tijera, primero, le cortó los cordones de los borceguíes para poder dejarlo descalzo más rápido y después hizo lo mismo con la remera en la parte de adelante para abrírsele como si fuera una camisa. Cuando lo dejamos con el torso desnudo, vimos que su pecho estaba surcado por una cicatriz enorme rodeada de tatuajes de todo tipo.

No pude colocarle una inyección de adrenalina porque al pincharlo la aguja de la jeringa se me dobló. Lo hice una segunda vez con igual resultado; por eso desistí de la maniobra. Con Nilda lo movimos para un lado y para otro buscando hematomas o señales de entrada de arma blanca o de fuego. Encontré una herida profunda en la parte baja de la espalda. Y en ella, un pedazo de vidrio. Con unas pinzas logré extraerlo con éxito, y eso que estaba bien enterrado. Cuando intenté cauterizar la herida, rogando que el tejido resistiera la costura que le estaba por hacer, me di cuenta de que no había hemorragia. Nunca había visto algo así, porque era imposible. La piel, en segundos, había cauterizado sola.

Arrugando la frente, y pensando que estaba a dos pasos de empezar a empinar el codo con el Doctor Nazar y su Tía María, enchufé el cardiorresucitador y lo encendí. Nilda se apresuró a pegarle los parches para captar la actividad eléctrica del corazón y a desparramarle gel en el pecho para que no le quedaran otro tipo de marcas cuando le apoyara las paletas e hiciera las descargas.

—¡Está listo, doctor!— me avisó justo cuando los electrodos indicaron que estaba en paro.

Miscelánea